

que todas las estadísticas que se puedan reunir.

Por último, Schama parece situarse en medio de sus dos protagonistas, entre el historiador y el artista. Su obra cae entre el análisis frío del académico y las apasionadas yuxtaposiciones del pintor. Su erudición, su insistencia en la exactitud del pequeño detalle que argumente o sospeche un mito revelado bajo una forma concreta e influyente, su insistencia en una claridad fría: todo esto lo vincula a Warburg, el explorador y constructor de archivos, fanático y preciso. Pero su ingenio, su pasión y su de-

seo compulsivo por escandalizar, su intención de volver a actuar así como por reconstruir, ponen a Schama del lado de Kiefer, el erudito artista y artífice de imágenes aterradoras.

Landscape and Memory no sólo tiene el alcance de una gran obra de historia del siglo XIX, sino también el poder desorientador de una obra de arte mayor de nuestro propio desorientado fin de siglo. Y, como forma de arte, esta combinación de imágenes visuales y verbales, narrativa y crítica, tan difícil de describir como fácil de apreciar, parece un experimento mucho más

exitoso que los elaborados fragmentos supuestamente novelísticos de *Dead Certainties*. La habilidad de Schama para combinar lo personal con lo filológico, lo académico con lo artístico, hacen que su libro caiga fuera de las categorías normales y trascienda las limitaciones necesarias y las debilidades ocasionales de sus partes. Inclasificable, inimitable, a veces irritante y con frecuencia fascinante, *Landscape and Memory* informará y encantará, fustigará y enfurecerá a sus lectores. Es una de esas mercancías excepcionales en nuestro mercado cultural, una obra de genuina originalidad.

Pancho Villa, de cabo a rabo

Pablo Yankelevich

Friedrich Katz, *Pancho Villa*, México, ERA, 1998, 2 vols.

Durante casi dos décadas, Friedrich Katz investigó en cuarenta y tres archivos distribuidos en México, Estados Unidos, Cuba, Alemania, España, Austria y Gran Bretaña, inspeccionó más de un centenar de fondos documentales, revisó una colosal biblio-hemerografía, siguió las huellas de personajes tan insospechados unos, como desconocidos otros, cotejó cada una de las fuentes de una historia que por momentos se antoja novelesca y, finalmente, en casi un millar de páginas, presenta la biografía de uno de los personajes con que se identifica a México en el mundo entero: Pancho Villa.

Se trata de una obra monumental donde erudición, talento y oficio

de historiador se conjugan de manera sorprendente para reconstruir la vida de un mexicano que, desde sus oscuros orígenes de peón y bandidero, llegó a convertirse en el más poderoso caudillo militar en la primera mitad de la década de 1910. Se trata de un recorrido por la vida de un hombre semianalfabeto, de desconocidos antecedentes políticos anteriores al estallido revolucionario, pero con la capacidad e inteligencia necesaria para liderar un ejército que, en sus mejores momentos, llegó a aglutinar a cerca de 100 000 soldados. Villa fue el principal responsable de las victorias militares contra el ejército federal; desde entonces mito y leyenda envuelven la vida de este hombre que, cuando todo el mundo lo creía derrotado, volvió a poner en jaque a sus enemigos, desafiando incluso al gobierno de Estados Unidos

hasta el punto de convertirse en el único latinoamericano que capitaneó una incursión armada en territorio continental estadounidense. Perseguido por una fuerza expedicionaria de ese país y por el ejército de sus antiguos aliados revolucionarios, sobrevivió a decenas de combates. Finalmente acorralado, presa del desgaste y el agotamiento tras una década de guerrear, pactó una decorosa rendición, fundó una colonia militar en una vieja hacienda cercana a la ciudad de Parral, y un par de años más tarde, en aquella misma ciudad, cayó asesinado víctima de una emboscada.

Katz propone un recorrido por una porción de la historia mexicana a través de la vida de Pancho Villa. Las fronteras entre biografía e historia son imprecisas, en un relato que entrecruza la reconstrucción biográfica con procesos locales

y regionales que signaron la suerte del personaje, sin eludir un desplazamiento hacia ámbitos mayores, buscando el significado y repercusión que Villa y su movimiento alcanzaron en el espacio nacional e internacional.

El mundo de Villa es el punto de partida. Katz estudia las condiciones que hicieron posible el surgimiento del liderazgo. Se trata de Chihuahua en particular y del norte de México en general, en tanto espacio histórico-geográfico con rasgos claramente distinguibles del resto del país. Los habitantes de Chihuahua fueron responsables de las primeras sublevaciones, pero además, en ese estado se generó el único levantamiento a gran escala contra Porfirio Díaz. La suerte del régimen porfiriano quedó sellada en 1911 con la toma de Ciudad Juárez. Tras el asesinato de Madero, de nuevo los revolucionarios chihuahuenses auxiliados por gente de Durango y Coahuila asumieron la mayor responsabilidad en la lucha contra el ejército federal. La derrota final de la restauración huertista corrió a cargo de Pancho Villa, coordinando la más importante fuerza militar revolucionaria, cuya organización, financiamiento y logística se asentó en Chihuahua.

La cuna del villismo es entonces objeto de una disección en profundidad. En la primera parte de la obra se delimitan las características de una sociedad de frontera, altamente autónoma, con un sello de identidad comunitaria conformado a lo largo de dos siglos de la lucha contra los apaches. Una sociedad compuesta por colonos militares y sus descendientes, quienes, por los servicios prestados en defensa de la frontera, recibieron del gobierno colonial primero, y del independiente después, tierras de labor y pastoreo, pero también gozaron de los beneficios de una mar-

cada cuota de independencia en el manejo de sus asuntos locales. La armonía existente entre grandes propietarios y estas comunidades rurales, sobre la base de un complejo intercambio de solidaridades en el marco de la guerra contra los indígenas, se rompió definitivamente después de la derrota de Gerónimo en 1884. Desde entonces, se asiste al encumbramiento de un clan de terratenientes liderado por Luis Terrazas y su yerno Enrique Creel, personajes que serán sinónimo de la arbitrariedad y el despojo con que se identificó al porfiriato en el norte de México.

Katz revisa la gestación del imperio Terrazas-Creel, explica su asociación con un proceso masivo de inversiones norteamericanas, de construcción de líneas ferroviarias, que permite una cada vez más elevada valorización de la propiedad y una amplia producción mercantil de carácter ganadero y minero. La combinación de un largo proceso de despojo de tierras en manos de los antiguos colonos militares, junto con la pérdida de los espacios autonómicos en el gobierno de las localidades, destraba una serie de conflictos que condujeron a la participación masiva de trabajadores del campo y la ciudad cuando el estallido revolucionario. En la reconstrucción de este proceso, Katz se dirige a los escenarios locales; pueblos, rancharías, haciendas: Cuchillo Parado, Janos, San Andrés, San Carlos, San Antonio, San Isidro, Namiquipa, Bachíniva, Hidalgo del Parral, entre muchas otras localidades, son revisadas en la búsqueda de las raíces del descontento popular. De esta forma, se traza una cartografía de la revolución en Chihuahua, detectando la naturaleza de los reclamos como las características de un liderazgo local en figuras como Pacual Orozco, Toribio Ortega, Ezequiel Montes, Heliodoro Arias Olea, Albi-

no Frías, Cástulo Herrera, entre muchas otras.

La voracidad del latifundismo tuvo además perdurables consecuencias en el terreno de lo simbólico. Según Katz, en Chihuahua se rompió un "código de honor", un pacto según el cual se había peleado para preservar la "civilización" contra los "bárbaros" y a cambio, la sociedad "civilizada" respetaba, honraba y permitía conservar grandes cantidades de tierras en retribución a los esfuerzos de los antiguos colonos militares. Ese código de honor se fracturó cuando los gobernantes de Chihuahua, en particular Enrique Creel, intentaron reducir a los colonos y sus descendientes a peones o campesinos pobres, arrebatándoles el estatus y la dignidad que habían ganado en la lucha contra los apaches. Villa y el villismo serán herederos de este *ethos* norteño, convencidos de que la tierra y la libertad sólo se alcanzarían como retribución a un esfuerzo guerrero, asentado sobre estrictos códigos de honorabilidad y hombría.

El villismo, a diferencia de otros movimientos, será también tributario del desencanto de los sectores medios ante las políticas implementadas por la élite chihuahuense. Katz estudia con detenimiento esta cuestión, develando los mecanismos que condujeron a importantes contingentes de la clase media a militar en las filas de la oposición. La definitiva entronización del clan Terrazas-Creel, proceso directamente vinculado con una modificación en la estrategia de alianzas establecidas por Porfirio Díaz con las élites regionales, sirve para explicar las razones de un descontento clasemediero ante lo que se avizora como un recorte de las posibilidades de ascenso político y social, dado el carácter patrimonial y excluyente que la oligarquía regional imprimió al ejercicio del poder político.

El excepcionalismo de Chihuahua conduce a que el movimiento revolucionario estuviera integrado por una coalición multclasista, donde los únicos excluidos fueron los grandes propietarios de tierras. Mientras en otros estados del norte los hacendados se sumaron a la revolución (el mismo Madero es ejemplo de ello, o el caso del zapatismo nutrido básicamente de fuerzas campesinas), en Chihuahua los contingentes revolucionarios se integraron con trabajadores del campo y la ciudad: peones agrícolas, campesinos, mineros, ferrocarrileros, arrieros, y un amplio sector de la clase media.

Katz pone en acción el conjunto de estas coordenadas, desentraña su evolución conforme se desenvuelven los años finales del porfiriato, y en un mismo movimiento estudia la emergencia de la figura de Pancho Villa. Con un extraordinario manejo de fuentes documentales, rastrea a un todavía Doroteo Arango en sus correrías duranguenses, reconstruye sus actividades ilegales, desentraña el funcionamiento y significado de las prácticas de bandidaje en el norte mexicano, estudia las estrategias de un fugitivo que consigue una y otra vez burlar a su perseguidores y, finalmente, a mediados de 1910, localiza a Villa establecido en Chihuahua y dedicado al negocio del robo de ganado. Con base en estos antecedentes, atiende su vinculación con los núcleos revolucionarios, sosteniendo que cuando se internó en Chihuahua no era el asesino muy buscado que sus enemigos inventaron, ni el legendario Robin Hood, ídolo de los campesinos y terror de los hacendados, como quiere el relato de algunos de sus admiradores. A diferencia de otros dirigentes de la revolución mexicana, Villa antes de 1910 no había participado en ninguna revuelta,

rebelión o movimiento de protesta, tampoco estaba vinculado con comunidades que luchaban en defensa de sus tierras. Katz aborda aspectos de su personalidad, rehace vínculos familiares y sociales, repasa escenas de su vida cotidiana, y concluye que "el motivo más fuerte para participar en la revolución fue probablemente un elemento que desempeñaría un papel clave en toda su vida: el odio y el deseo de vengarse". En la base de este móvil se encuentran, sin lugar a dudas, la retahíla de conflictos que, a lo largo de sus actividades ilegales, Villa tuvo con autoridades porfirianas y con hacendados.

La vinculación de Villa al antirreleccionismo marca su ingreso a la revolución. Se inicia entonces una vertiginosa carrera que lo conducirá a las primeras filas del movimiento revolucionario, sorteando obstáculos tan formidables como su falta de instrucción, su inexperiencia política y su reputación de bandido.

Villa no fumaba, ni bebía, ni tomaba drogas. Podía ser enormemente generoso y podía llorar en público cuando la emoción lo dominaba. Cuando la cólera se apoderaba de él, también era capaz de actos de gran crueldad. Era leal a los hombres que respetaba, pero si se sentía traicionado, se volvía implacable en su odio, que con frecuencia se extendía a la familia de sus víctimas. Era un amante apasionado, y tuvo hijos con muchas novias y esposas por todo Chihuahua. Tenía escasa instrucción, tal vez por ello sentía un hondo respeto por aquellos que habían tenido acceso a niveles superiores de educación. Sus amigos y enemigos coinciden en que poseía una inteligencia aguda y penetrante, que sólo se oscurecía cuando

se apoderaba de él uno de sus arrebatos de furia. Tenía cualidades que compensaban con creces sus debilidades; era un dinamo viviente, imbuido de inagotable energía. Constantemente intentaba acciones ofensivas, a menudo con éxito, y solía tomar la iniciativa en las operaciones militares.

Los actos de valentía de Villa en los campos de batalla, la sorprendente honradez con que administró los bienes confiscados y, sobre todo, la capacidad para mantener el orden entre sus fuerzas, castigando con dureza el saqueo con que se acostumbraba premiar a los soldados después de un triunfo militar, serán parte constitutiva de un liderazgo que se inaugura a finales de 1910.

A partir de ese momento, Katz da seguimiento a las transformaciones de la coalición villista a lo largo de la década que dominó la escena nacional. El éxito de la estrategia villista descansó en la posibilidad de reconstituir la alianza multclasista que generó el maderismo en Chihuahua. La unidad entre sectores de clases bajas y medias se desintegró con la rebelión orozquista; inclusive a ella se sumaron poderosos hacendados. La figura de Villa crece a partir de su participación en los hechos de armas que condujeron al desmoronamiento del porfiriato; su lealtad a Madero se reafirma en los combates contra las fuerzas de Pascual Orozco, y no decae a pesar de la escasa ayuda que el presidente electo brinda a un Pancho Villa encarcelado en la ciudad de México. Sin embargo, el cuartelazo de Huerta, y en el entorno regional, el asesinato de Abraham González, permiten a Villa catapultarse de jefe guerrillero a líder nacional, consiguiendo reunificar a los grupos sociales

que hicieron posible la revolución maderista. Es entonces cuando la antigua coalición adquiere una extraordinaria fortaleza sobre la base de los enormes recursos financieros que controla desde Chihuahua, de su carismática personalidad, de sus contundentes triunfos militares y, por supuesto, del apoyo estadounidense que hizo posible un abasto regular de armas y municiones.

La segunda parte de la obra está dedicada a estudiar este proceso desenvuelto entre 1913 y 1915. Se trata de explicar los fundamentos del poderío villista. Y en ello ocupa un lugar destacado la División del Norte, en tanto estructura político-militar signada por la profesionalización de lo que había sido un ejército de voluntarios en la revolución maderista. La propia suerte de la División del Norte aparece amarrada a la evolución de la coalición multclasista. Combatir se convirtió en una forma de vida para muchos de los soldados villistas, donde las recompensas tras cada victoria fueron el aliciente fundamental para permanecer bajo las órdenes de Villa. Convertido en el hombre fuerte de Chihuahua, destaca en este periodo la capacidad de gestión de Pancho Villa.

Junto al diseño y puesta en práctica de políticas dirigidas a socorrer a los sectores de más bajos recursos, Katz indaga el funcionamiento de una administración estatal que básicamente permite transformar a Chihuahua en la retaguardia logística y financiera de la revolución norteña. *El estudio de la División del Norte* trasciende las cuestiones de formación y funcionamiento de un ejército regular; Katz indaga las repercusiones que tuvo la organización militar villista en la estructura de poder chihuahuense. Para Villa, a falta de otras instancias de mediación política, el ejérci-

to constituía la única organización revolucionaria; en tal sentido la acción política resultaba tributaria de una estructura militar cuya profesionalización reducía los márgenes del control popular, que un ejército de voluntarios —como lo había sido el maderista— permitió ejercer sobre las decisiones de gobierno en pueblos y localidades. Por esas razones, la suerte de Villa estuvo unida indisolublemente a la de su ejército.

El perfil de dirigente nacional que adquiere el caudillo tiene como fundamento el enorme poderío militar que concentra en sus manos. Villa y su División del Norte se permiten entonces desafiar al constitucionalismo, tanto en el terreno de la Soberana Convención Revolucionaria como, por supuesto, en los campos de batalla. A unos y otros combates dedica Katz abundante espacio. Resulta significativo el estudio de los vaivenes políticos en el bloque villista. Con claridad se exponen los mecanismos de funcionamiento que, en el terreno de la política, asume la heterogeneidad de la coalición villista durante la coyuntura de 1914-1915: las diferencias con Obregón, la alianza con los delegados zapatistas, pero básicamente las propuestas que desde el seno del villismo se discuten en una instancia con pretensiones de alcanzar soberanía nacional.

Al tiempo que explica el comportamiento de los convencionistas del villismo, el autor atiende el desenvolvimiento del conflicto en los campos de batalla. Si la biografía de Villa en buena medida se construye desde el significado de su ejército, Katz se ve obligado a incursionar en la historia militar de la revolución. Las distintas campañas militares son objeto de un pormenorizado análisis. Entre ellas, asigna lugar especial a las batallas que marcaron la suerte de la División del Norte:

Chihuahua, Parral, Torreón, Zacatecas. Con erudición se presentan los combates de Celaya, su logística, los fatales errores del villismo ante la estrategia de Obregón, entretejiendo un relato donde se combina la evaluación histórico-militar de las batallas con el significado dramático que tuvieron para Villa aquellas derrotas.

Llegado a este punto, Katz vuelve sobre uno de los temas que han ocupado extensamente a los historiadores de la revolución: la ruptura de Villa con Carranza. Repasa cada una de las hipótesis, desde aquellas que remarcan las diferencias en los estilos de liderazgo, hasta las que sostienen que tras la ruptura se escondía un enfrentamiento entre clases sociales irreconciliables. En especial se detiene a confrontar sus propias ideas con las sostenidas por Alan Knight a partir de la categoría de “núcleo serrano”, que el historiador inglés introduce para explicar el reducido espacio que el problema agrario ocupó entre los revolucionarios norteños. Katz sostiene lo contrario. El elemento fundamental desde donde explica las diferencias entre villistas y constitucionalistas radica en el destino que corrieron los hacendados y el sistema de las haciendas en territorio controlado por unos y otros. Las prácticas villistas de confiscar los latifundios y explotarlos bajo administración estatal, frente a la idea de Carranza de devolver los latifundios a sus antiguos dueños, evidencian condiciones regionales distintas que determinaron bases sociales de apoyo también distintas en cada uno de los bandos revolucionarios. Katz repasa la evolución de los planteamientos agrarios en el programa villista, establece su significado, marca las distancias tanto de Carranza como de Zapata, subrayando que el tema de la propiedad agraria

ria no tuvo una importancia menor en las filas del villismo.

Hasta la derrota de Villa en 1915, Katz ocupa algo más de la mitad de la obra. Restan entonces los años oscuros del villismo. La parte tercera del libro se dedica a explorar la etapa en que el caudillo retorna a sus actividades guerrilleras. Diezmada la otrora todopoderosa División del Norte, el autor concentra su estudio en el proceso de desintegración definitiva de la coalición villista. Derrotado militarmente, Villa se concentra en Chihuahua, para poner en marcha un rápido movimiento de reconversión de sus fuerzas. El último villismo será el de los Dorados, nuevos jefes militares que sustituyeron a los antiguos generales villistas, jóvenes que habían escalado velozmente desde los rangos inferiores de la carrera militar gracias a su lealtad y a su valor. Se retoma la lucha guerrillera, y las batallas se librarán en un territorio ocupado por los carrancistas, en medio de una guerra sin cuartel, donde la crueldad será la norma. Fusilamientos masivos, despojos y bandalismo tras cada combate, leva forzosa en algunos casos, y sobre todo el Villa más sanguinario, presa de sus terribles ataques de ira.

Esta nueva etapa aparece signada por el ataque a Columbus. Se exploran los detalles de una historia que tendrá como principal soporte el definitivo divorcio entre el caudillo y Estados Unidos. Villa enarbola el más radical antinorteamericanismo, y por un breve tiempo consigue ensanchar las bases de apoyo. La presencia de la expedición punitiva y la resistencia de un villismo perseguido que logra burlar a los ejércitos de Carranza y al de Estados Unidos, coadyuva a un resurgimiento que, de manera efímera, logra recuperar las principales plazas de Chihuahua. Sin em-

bargo, el retiro de la expedición punitiva y el despliegue del carrancismo como un verdadero ejército de ocupación, junto con el proceso de desgaste y en algunos casos verdadero agotamiento de las comunidades de Chihuahua después de casi una década de guerra ininterrumpida, explica no sólo que los sectores medios se desgajen del villismo, sino que partes significativas de los habitantes de los pueblos se vuelvan contra su antiguo líder, quien como respuesta llega a ejercer o a autorizar el ejercicio de actos de salvajismo que rayan en la irracionalidad.

Katz define los años que corren entre 1917 y 1920 como una etapa dominada por la decadencia moral del caudillo. Siendo éstos los años más oscuros del villismo, destaca la impecable reconstrucción histórica. Katz se interna en submundos insospechados: contrabandistas de armas, estafadores, asesinos y bandidos. Descubre los lugares y las suertes corridas por los depósitos de armas escondidos por Villa, da seguimiento a las acciones militares, se detiene en las traiciones de que es objeto Villa por parte de algunos de sus lugartenientes, describe las correrías de Hipólito el hermano de Villa en Estados Unidos y Cuba, relata un complot para envenenar a Villa y otro que urdió Villa para secuestrar a Carranza, reconstruye el mundo de los exilados villistas en Estados Unidos, escudriña en las hipótesis del servicio de inteligencia estadounidense sobre los planes villistas, da seguimiento a las expectativas de petroleros y empresarios norteamericanos respecto al villismo, y por supuesto, recrea el ambiente de corrupción y violencia que instalan los carrancistas en Chihuahua.

A lo largo de la obra, el autor atiende la relación que Villa sostuvo con algunos intelectuales. Parti-

cular atención se presta a Silvestre Terrazas y Roque González Garza. La ambigüedad frente a los letrados parece ser la norma en estos vínculos, una especie de permanente subestimación del propio caudillo frente a personajes con niveles de instrucción superior, pero al mismo tiempo una gran desconfianza ante revolucionarios que no ponen a prueba sus convicciones en los campos de batalla. Hay una única excepción a la que se dedica abundante espacio: Felipe Ángeles. Katz reconstruye la biografía del ex general federal, en tanto artífice de la profesionalización del ejército revolucionario cuyos saberes en materia de artillería contribuyeron en mucho a los triunfos de la División del Norte. Se siguen los pasos, por momentos enigmáticos, de este militar que abandona su lealtad hacia el generalato porfirista y se vuelve un fiel colaborador de un caudillo semianalfabeto. Se estudian las motivaciones personales de tal actitud y se descubre la evolución de un proyecto político donde las ambiciones personales jamás fueron puestas por encima de su fidelidad a Villa. Llegado el momento, Ángeles opta por el exilio sólo para, un par de años después, regresar junto a su jefe enarblando un utópico proyecto por el cual pretende dotar de rostro humano a un villismo en plena desintegración. Katz rescata el drama de este personaje, el eclecticismo de sus propuestas de unidad nacional, y sus aspiraciones de que personajes y bandos irreconciliables llegaran a conformar y compartir un mismo espacio de acción política. La soledad de Ángeles resulta dramática. El abatimiento y la frustración terminan por conducirlo ante un amañado tribunal, frente al cual convierte los argumentos de su defensa en la última tribuna de sus ideas. El fusilamiento de Ángeles, concluye Katz, ade-

más de injusto y arbitrario no deja de ser un acto de inmolación.

Hacia 1919 Villa ha perdido toda credibilidad entre las comunidades; en las serranías de Chihuahua resiste la persecución y sobrevive junto a dos o tres centenas de soldados. La desaparición de Carranza abre la posibilidad de una rendición decorosa. Adolfo de la Huerta será el artífice, y Obregón el más destacado protagonista. Villa negocia recluirse en Canutillo. La cuarta y última parte del libro corre entre este momento y el asesinato del caudillo.

Katz repasa la vida del caudillo capitaneando la colonia militar: la organización productiva, la escuela que orgullosamente exhibe a los visitantes, los conflictos matrimoniales con algunas de sus muchas esposas, la relación con sus hijos. La nueva condición de "hacendado", marcada por la experiencia del distanciamiento con los sectores populares de Chihuahua durante los últimos años de lucha guerrillera, van determinando una toma de posición marcadamente conservadora. Villa asume una enconada defensa de la propiedad privada de la tierra; llegado el caso, moviliza a sus Dorados contra agraristas que amenazaban terrenos adyacentes a Canutillo. Esta actitud no impide que olvide el significado de los Terrazas. Cuando Obregón estuvo a punto de entregar a un rico empresario estadounidense el imperio latifundista de los Terrazas mediante la firma de un contrato de dudoso cumplimiento, Villa hizo oír su voz. La veladas amenazas del antiguo Centauro del Norte parecen haber convencido al presidente Obregón de la conveniencia de no suscribir el mencionado acuerdo. Katz evalúa este hecho como el último triunfo de Villa; los siguientes pasos del caudillo determinaron su asesinato.

En efecto, hacia la primavera de

1922 Villa deja traslucir su desconfianza ante una eventual candidatura presidencial de Plutarco Elías Calles, y muestra sus preferencias por Adolfo de la Huerta. Pero también anuncia que los términos de su rendición lo obligaban a no inmiscuirse en asuntos políticos sólo durante el gobierno de Obregón. Una vez concluido ese cuatrienio, deja entrever sus aspiraciones a ocupar la gubernatura de Durango. Llegado a este punto, la suerte final de Villa sorprende a muy pocos. Katz, con base en verdaderos hallazgos documentales, realiza una detallada reconstrucción del asesinato, sigue las huellas de los participantes directos, los pistoleros confesos y sus cómplices inmediatos; sin embargo, las evidencias en las fuentes permiten avanzar en detalles y explicaciones que dejan escasas dudas respecto a un crimen urdido en las altas esferas de la conducción política de México.

Fiel a su convicción de que la revolución mexicana fue también el escenario donde las grandes potencias intentaron dirimir sus diferencias, Katz vuelve sobre sus pasos de *La guerra secreta*, y por ello esta biografía atiende las relaciones del mundo de los negocios y los gobiernos extranjeros con el caudillo y su movimiento. A lo largo de toda la obra se procede a develar la complicadísima urdimbre entre los intereses de gobiernos y empresarios extranjeros con la revolución mexicana. De manera especial, la relación entre el villismo y Estados Unidos es objeto de una colosal investigación. De nuevo, la magnitud de las fuentes permite dar seguimiento a enviados personales del gobierno estadounidense, agentes de inteligencia en las filas villistas, cónsules y diplomáticos, contrabandistas de armas, informantes anónimos del servicio de inteligencia estadounidense, británico y ale-

mán. Nada de ello es fortuito, el autor demuestra la manera en que la suerte de Villa estuvo directamente relacionada con una permisividad norteamericana que hizo posible un abasto regular de pertrechos bélicos, pero también explora las estrategias norteamericanas frente a México, evidenciando las apuestas que, hasta 1915, hizo la Casa Blanca a un eventual triunfo de Villa; pero también las elucubraciones y planes intervencionistas que, después de aquel año, fraguaron petroleros, empresarios y congresistas, incluyendo a Pancho Villa como personaje capital. Katz explica la heterodoxia político-ideológica del villismo en tanto resultado del enjambre de intereses que lidera Villa, como también en función del vínculo con los norteamericanos, con quienes el caudillo mantuvo una relación estrecha en un primer momento, para más tarde volverse abiertamente hostil.

En plena Primera Guerra Mundial, Villa no escapa a la mirada alemana. Katz pasa revista a estas circunstancias, se detiene especialmente en el ataque a Columbus, sin encontrar evidencias de participación alemana. Por el contrario, evalúa aquel suceso como un verdadero parteaguas en la historia del villismo, en tanto ruptura de un patrón de conducta ante los norteamericanos. Villa se siente traicionado por Wilson y abandona las actitudes de respeto y benevolencia, pasando a enarbolar estandartes y prácticas de profundo antinorteamericanismo. En esta misma dirección, el autor investiga la evolución de la presencia de Villa en los medios de prensa de Estados Unidos. Subraya el diseño de una campaña de propaganda villista en Estados Unidos, y por supuesto da cuenta de una herramienta que contribuyó a difundir la imagen de Villa a escala planetaria: la indus-

tria cinematográfica de Hollywood.

Katz ubica a México en el entorno internacional, compara procesos revolucionarios en distintas épocas y latitudes, entresaca de la experiencia mundial elementos que permiten recortar estilos de liderazgo en la conducción de procesos his-

tóricos, sondea en la historia mexicana, coteja semejanzas y diferencias de Villa con los caudillos del siglo pasado y con los principales líderes de la revolución, repasa las controversias que Villa ha desatado en el terreno de la interpretación histórica, se adentra en un territorio

dominado por visiones míticas y legendarias, reconstruye tanto la historia del personaje como la de su historiografía, y finalmente presenta una obra fundamental para comprender el significado que este líder revolucionario imprimió a la historia del siglo XX mexicano.

Cita con Venus

Esteban Sánchez de Tagle

Las huellas de Venus. El viaje del astrónomo Chappe d'Auteroche a Nueva España (1768-1769), México, Breve Fondo Editorial, 1999.

Durante casi tres siglos la recelosa corona española mantuvo a sus colonias ocultas a los ojos del mundo. La ausencia de una mirada ajena, crítica, determinó entonces muchas de las características que ahora nos asombran, que nos hacen pensar que en el mundo hispano los papeles sociales eran desempeñados en una suerte de infantil inocencia; el artificio del ocultamiento permitía la pervivencia de actitudes que parecieran cándidas.

Todo sucedía como en familia. Sin recatos, la sociedad hacía gala de sí misma, libre del temor al juicio que viene del otro. La Iglesia salía a la calle desbordándose en ritos y ceremonias llevados hasta el paroxismo; el rico alardeaba su opulencia, el pobre exhibía impúdico sus miserias. Todo, sin que el descuido en que se vive la intimidad se viera importunado. El mundo hispano era un mundo privado.

Este receloso velo tuvo un segundo efecto más encubridor, si ca-

be. En efecto, el artificio de mantener como en una reserva al imperio no sólo afectó a las idiosincrasias, a las maneras de ser nacionales. Picó la curiosidad de los otros, de aquellos a quienes les estuvo vedado el acceso. Los apetitos de una ignorancia forzada encontraron entonces alimento en la fantasía, en la invención, en la figuración. Con el resultado de que el otro Occidente exageró hasta la caricatura las que supuso eran las características del imperio oculto y que explicaban la vergüenza, el afán con que lo mantenían fuera del alcance visual de los demás. Se creó entonces la leyenda negra: una segunda y más inexpugnable muralla.

América, remota en la geografía, quedó más expuesta a esta ficción: llegó a ser considerada no sólo deforme, corrompida por el ocio y las supersticiones, como se representaban los otros europeos a España, sino deformante. De manera que hubo quien pensara que lo que aquí nacía, lo mismo que lo que aquí crecía y aun lo que aquí vivía era o terminaba por ser algo inmaduro; América toda era un continente inacabado y su ambiente retrotraía a quienes lo habitaban a eta-

pas previas de una evolución cuya punta era Europa. ¡Esta, fue una concepción del Siglo de las Luces!

A pesar del desdén por lo hispánico, por mil razones, este mismo siglo intensificó la presión para que el imperio todo saliera del clóset; codicioso sobre todo, el mundo comercial quería participar en la explotación de América. La presión logró romper las primeras barreras, las físicas, pero no los prejuicios. En este siglo, aunque con cuentagotas, a las colonias comenzaron a llegar los Crespi, los Malaspina, los Humboldt. De hecho, los ministros ilustrados de Carlos III empezaron ellos mismos a dejar de formar parte de la condescendiente mirada familiar y a comportarse como si fueran extranjeros. Su mirada desaprobaba, inquiría, acusaba y las cosas comenzaron a ser vistas de otra manera. La inmundicia, la desnudez y el desorden aparecieron de pronto por todas partes ante los ojos de los azorados americanos. Comenzaba el fin de la inocencia.

Éstos no eran ya los ojos del viajero español, a los que estaba todo el mundo acostumbrado: testigos acuciosos a quienes nada pasaba